

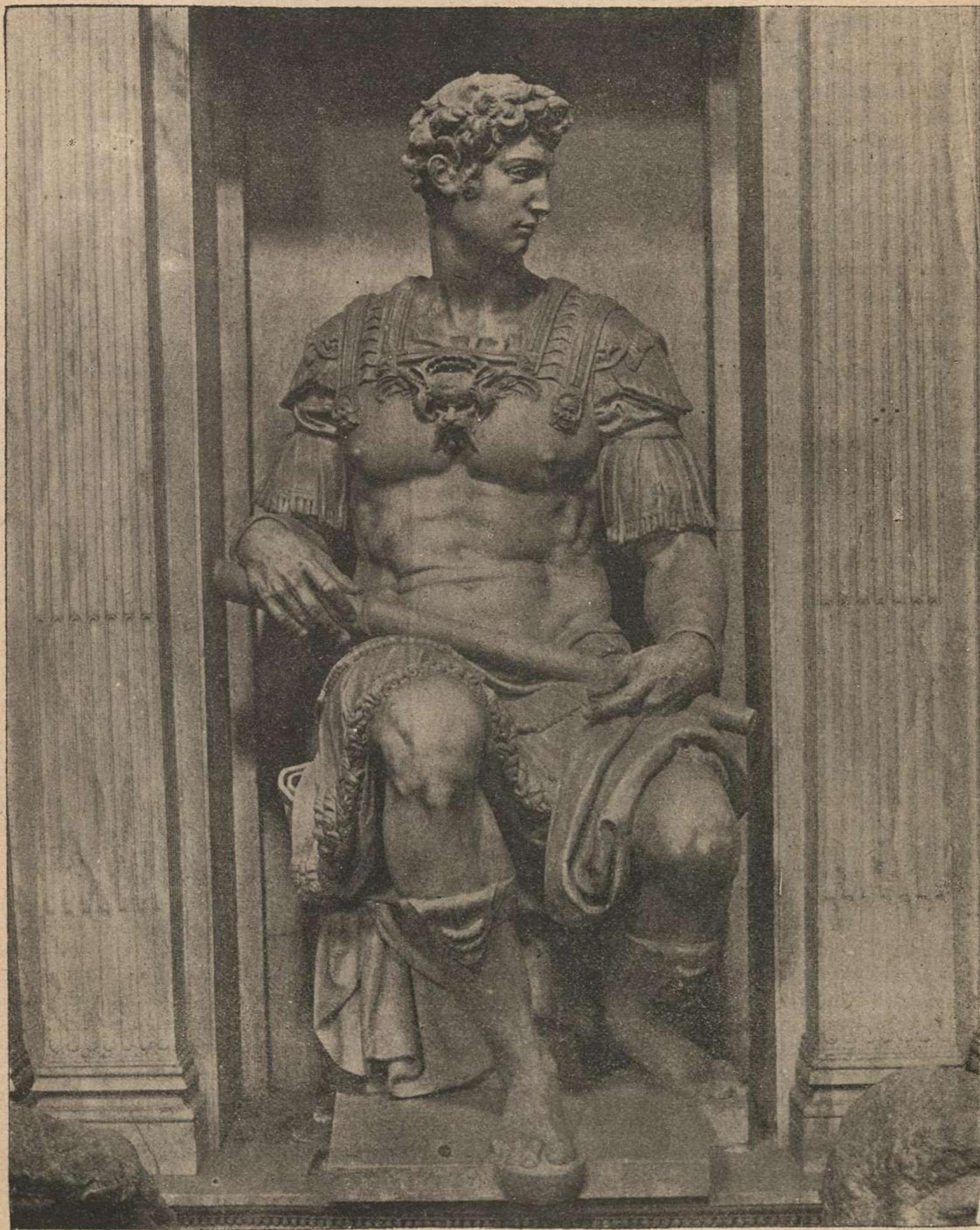
REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

ADMINISTRADOR: G. DE LA PEÑA.

Tip. de Dublán.



JULIÁN DE MÉDICI.—MIGUEL ANGEL, FLORENCIA.

EL SUPREMO DON.

La prisión amaneció ese día con su habitual vida parasitaria y monótona. El grito angustioso de los carceleros llamando á los presos afortunados que recibían de la calle, de sus mujeres luchadoras y heroicas, pequeños cestos con viandas sazonadas por el amor, dejábase oír de tiempo en tiempo semejante al grito de un pájaro agorero; y la marea del mar encadenado y temible, bajo la opaca luz del día brumoso de Noviembre, rugía aprisionada en los viejos muros de Belem, despedazando en los ángulos ennegrecidos la cólera sorda de su oleaje pavoroso bajo la activa apariencia sardónica del despertar diario á una vida inútil.

En la celda de Antero López no despertaba hoy la desesperanza. Después de una noche de insomnio encabritado, habíase levantado el preso al primer fulgor tardío de la aurora lívida, y con apresuramiento de soldado al toque de diana habíase vestido su ropa limpia, su camisa blanca bien oliente á jabón y su pobre traje complementario de antiguo hombre del pueblo, laborioso y honrado. Llamaron á la distribución del desayuno y el preso no concurrió: no sentía hambre, sino la emoción profunda, suprema, del hombre que después de veinte años de presidio iba á recobrar ese día su libertad.

Mientras era llamado por última vez para ser notificado de libertad absoluta, encontróse de pronto con que sus aprestos habían terminado en breve; su pequeña maleta quedó hecha, su mísero capital acumulado en largos años de trabajo de tejedor de palma y mermado por generosos préstamos á los presos más desgraciados, quedó guardado en su cinto, su víbora nutrida de relucientes pesos. Y entre tanto llegaba el momento ansiado con la suprema pasión de la vida, la de ser libre, echóse á descansar de la fatiga de su emoción incomparable. Una lasitud deliciosa, de convaleciente ávido de reconquistar su salud, le envolvía en la fruición deleitosa de su enervamiento; un temblor imperceptible de felicidad recorría sus miembros, galopaba en sus nervios, agolpaba la sangre á su corazón marchito que milagrosamente volvía á florecer como un árbol viejo; y pues que la suprema dicha trae aparejada siempre la suprema tristeza, insensiblemente volvió los ojos á los tiempos pasados, á su lejana juventud perdida, á su edad de vida y de fuerza, de esperanza y de felicidad.

Soñóse recién casado con la hermosa muchacha morena que tenía demasiado fuego en la sangre, la dulce compañera de labor en sus días, la ardiente compañera de placer en sus noches; volvía á ver, hacendosa y limpia, fresca como una rosa, con la sonrisa siempre en la boca un poco pronunciada, con sus dos ojazos siempre brillantes de deseo, grises y dilatados por fulgores felinos, ir y venir, infatigable en su combustión de vida, palpitante y

ágil como mariposa de amor. Antero López recordaba con intensa y amarga dicha su luna de miel inacabable, la posesión deleitosa de aquel sér insaciable y devorador, que le hizo concebir por su esposa una pasión intensa y dominadora, que le hizo ambicionar para ella una vida mejor que la humilde vida frugal de obrero, y que lo decidió á engancharse de mecánico en una compañía constructora de caminos de fierro para volar muy lejos en busca de fortuna. Recordaba la negativa de Matilde á acompañarlo al saber su decisión, su altercado queriendo él imponer su voluntad, sus súplicas, su flaqueza de hombre enamorado, vencido en la última noche de amor en que ella le había abrumado á caricias, dominadora por sus halagos y su omnipotencia de mujer.

—Yendo contigo gastaremos todo lo que ganes (le había dicho) y así no habremos ahorrado nada al concluir tu contrato. Yo trabajaré, ya sabes que sé trabajar, y cuando vuelvas seremos felices.... Anda, mi vida!....

Y al despertar y desasirse de aquellos brazos adorados, al dar el último beso á la mujer cautivadora que no se levantó del lecho para despedirlo, pues solamente al despertar era un poquito perezosa, había sentido un secreto y profundo dolor... Pero era el día de la partida por contrato, y partió. La obsesión de Matilde le seguía donde quiera; su silencio á pesar de que él le escribía asiduamente, le destrozaba el corazón; un presentimiento de infortunio amargaba sus días y sus noches, y por fin, después de tres meses de padecer su soledad, rompió un día el contrato y regresó á México.

El cerebro de Antero López se entenebreció con la sombría tragedia que surgía en su memoria. Había llegado á su hogar una tarde huracanada y diluvante; atravesó el patio desierto y llamó á la puerta; nadie le contestó y llamó más fuerte, exasperado bajo el aguacero torrencial; y de pronto vió que la puerta se abría y un hombre lo derribaba en el fango con un vigoroso golpe y se escapaba huyendo; Antero quiso perseguirlo, pero herido por un pensamiento espantoso penetró súbitamente en la habitación y vió á su esposa desnuda en su lecho revuelto, pálida, con la delación puesta en el semblante. Una nube de sangre ofuscó á Antero al ver á Matilde desnuda, como la había dejado al partir; se la imaginó yacente en lecho de adulterio durante toda su ausencia, y rápido como un tigre cayó sobre ella cuchillo en mano y lo hundió de un golpe en el pecho de la infeliz, que solamente pudo exclamar entre la vida y la muerte:

—¡Has matado también á tu hijo!

Fulminado por el tremendo cargo de la expirante, que tronó como un grito supremo de maldición en su corazón de padre, pidió el castigo, se entregó á la justicia, no quiso atenuar su crimen á pe-

sar de que todas las circunstancias concurrían para demostrar el flagrante adulterio de Matilde: su desnudez en el lecho, la ausencia de Antero, las visitas furtivas de un desconocido en su hogar, nada fué bastante á domar la obstinación del matador, que á las conjuraciones solemnes del Juez instructor para que declarara la verdad y á las súplicas del defensor que le prometía la absolución, respondía impasible:—«La he matado porque quise. Premedité el crimen y lo consumé.» Pero en la conciencia de los enjuiciadores estaba palpable, tangible, la revelación de la sombría tragedia pasional, y pasmados ante la inflexibilidad del reo que tenía en su mano la salvación y renunciaba á ella, tuvieron que cumplir con su deber. Antero López vió pasar como en un sueño su proceso, la audiencia de su causa vista en jurado, y sólo cuando el Agente del Ministerio Público formuló su tremenda requisitoria, pintando con los más pavorosos epifonemas el crimen nefando de aquel criminal nato, impasible, odioso en su testarudez, autor de dos muertes horrendas en una sola: uxoricidio y filicidio, dos veces merecedor de muerte; Antero López dejó correr un raudal de lágrimas de sus ojos agostados, porque la muerte para él era el descanso!

El jurado conmovióse á la vista de aquel llanto copioso y silencioso, interminable y lamentable; la defensa, después de argüir sólidamente y probar el acto pasional, se apasionó haciendo palmario el sacrificio del desgraciado; en las tribunas y en el pueblo hubo un estremecimiento de misericordia, y la pena fué, por obra de las pasiones humanas puestas en lucha, conmutada en veinte años de prisión.

Antero López vió transcurrir sus primeros años de cárcel con un abatimiento profundo durante el día; pero sus noches eran febriles y siniestras; la quemadura del deseo imposible le atenaceaba la carne, que menguaba y flaqueaba consumida por la pasión y el remordimiento. Amó á la muerta con frenesí y locura, era su visión perpetua en el silencio nocturno, en su helado cenobio de viudo y recluso, y la consunción afligió su pecho y consumió su juventud. Su cabello y su escasa barba de indio encanecieron, y del hombre vigoroso que ingresó en Belem solamente quedaba un espectro claudicante que pedía compasión á los presos. Solicitas complacencias rodearon su huraña soledad, piadosos respetos sucedieron al desprecio primitivo de su desgracia; pero aquel hombre había muerto para toda afección; la jauría de sus recuerdos torturadores lo perseguía, lo acosaba como á una fiera vieja acorralada, y su única obsesión era la libertad, el supremo dón del hombre, para huir de su martirio, como si fuese posible huir de un enemigo encarnado en nosotros mismos!

Pero él ansiaba la libertad como su única redención. El paisaje de su perdida felicidad florecía perennemente, se renovaba día á día en su fiebre por volver á gozar de la vida; y el infeliz decrepito, vivo solamente en el pasado, imaginaba encontrar el día suspirado de su regreso al mundo las dichas de otro tiempo, las amistades nobles de su juventud, los consuelos que en la desolación se

sueñan como divinas promesas celestes que tienen que cumplirse. Su doble crimen estaba purgado; una dulce melancolía vino con los años cayendo como un sudario de nieve sobre su tumultuoso corazón; sus sentidos cansados al fin por la sobreexcitación diaria, menguaron en vigor y concluyeron para quietarse, adormecerse, extinguirse; y de su pasión terrible no le restaba sino un sentimiento amargo, una secreta queja contra su destino, que se apagaba en el concierto de su renacimiento á la libertad.

Contó los años, los días, las horas; impúsose como epílogo de su sacrificio renunciar á toda idea de evasión, á todo pensamiento de pedir gracia, para salir purificado, libre, redimido, á una segunda vida... y he aquí que el momento llegaba, he aquí que la hora tanto tiempo maldecida por lejana y acaso imposible, sonaba en su alma como la campana de Schiller...

Una voz plañidera y cantante, cadenciosa y lúgubre, lo sacó de su ensueño:

—¡Ese Antero López!... ¡En libertad!

Un estremecimiento prodigioso lo sacó de su postración afflictiva, se levantó de un salto, olvidó tomar su paquete, y abrumado por el peso de su felicidad atravesó, flaqueando como herido de paraplegia, los corredores y los pasillos hasta la reja que se abrió por última vez para soltar por fin aquella presa, aquella fiera humana, aquella pobre bestia desdentada y vieja, abatida y miserable, inútil ya para hincar sus zarpas macilentas en el rebaño humano!

Antero López salió atontado, sonriendo como un idiota á los presos envidiosos de su felicidad, pero que lo felicitaban como á un antiguo y buen camarada inofensivo; y cuando el Alcaide con voz parsimoniosa y fría lo despedía en el umbral de la prisión; cuando sus pies temblorosos y vacilantes se posaron en tierra libre; cuando lo hirió la triste luz meridiana del día nublado, Antero López sintió en su alma una transformación espantosa.

Se vió de súbito viejo, miserable, enfermo, desconocido, olvidado en el turbión humano que pasaba indiferente arrollándolo en su oleaje. Su ensueño de felicidad había muerto. Su corazón quedaba sepultado en la cripta de su prisión. No volvería á ser dichoso nunca, nunca, nunca! La clarividencia de la realidad le hizo ver hasta la sima pavorosa de su miseria: el supremo dón, la libertad, se convertía para él en el más formidable golpe de desencanto y de sarcasmo que hubiera inventado el lenguaje humano! Solo, desamparado, sin hogar, sin amigos, sin familia, proscripto de la celda en que vivió veinte años con sus recuerdos, no tenía ni una mano que estrechara su dolor, ni un rodrigón que apoyara su senectud de parásita caduca, ni una mirada piadosa que vertiera en su alma el más amargo de los bálsamos: la compasión!

Y abrumado por sus miserias, sin fuerzas para errar á los cuatro vientos del cielo, sin alientos para luchar ni reanudar la vida, claudicante, solitario, maldito, harapo humano barrido y pisoteado, sentóse anonadado y trémulo en la esquina de la prisión, y se echó á llorar como un niño.

RUBÉN M. CAMPOS.



EL ULTIMO ICONO

A tu ágil paso el himación de lino
Te envolvía en su gracia serpentina
Cuando griega ideal, fuiste el divino
Modelo de Tanagra y de Myrina

Ah! mi alma de orfèbre bizantino
Desmayó en tu mirada que fascina
Viendo temblar un loto submarino
Bajo el áureo cristal de tu retina!

.....

Del criso-elefantino iconostasio
Cayó hecha polvo la última escultura!
Pero hoy, en la cripta de un palacio

Una Madona, cual mi amor perdura:
Cada pupila suya es un topacio
Y el himación la envuelve en su blancura!

1900.

JOSÉ JUAN TABLADA.

DE "PLAIN TALES FROM THE HILLS"

POR RUDYARD KIPLING.

TRADUCIDO ESPECIALMENTE PARA "LA REVISTA MODERNA."

TRES Y UN EXTRA.

Después del matrimonio se produce una reacción, fuerte algunas veces, pequeña en otras; pero tarde ó temprano llega, y ambos cónyuges deben capear el temporal, si desean seguir con la corriente el resto de sus días.

En el caso de los Cussack-Bremmil no se presentó esta reacción sino hasta el tercer año después de la boda. Bremmil fué difícil de manejar aun en sus mejores épocas; pero fué un guapo marido hasta que el niño murió y la Sra. Bremmil se enlutó, se enflaqueció y lloró como si el universo se hubiese desquiciado. Tal vez era deber de Bremmil haberla consolado. Trató de hacerlo, según creo; pero cuanto más la consolaba, más angustiada se ponía ella, y, en consecuencia, más desazonado poníase Bremmil. La verdad es que ambos necesitaban un tónico. Y lo tuvieron.

La Sra. Bremmil puede reírse á la fecha, pero en aquella época no fué cosa de risa.

Ya veréis: apareció la Sra. Hauksbee en el horizonte; y en donde ella se presentaba, casi con seguridad había trastorno. Dábanle en Simla por mote «El Petrel de las Tormentas.» Que yo sepa de un modo cierto, cinco veces se había hecho acreedora á ese título. Era chiquilla, morena, delgada, casi sin carnes, de grandes y movedizos ojos azul violeta, y de trato el más afable del mundo. Bastaba mencionar su nombre en los thés vespertinos para que cuanta señora había en la sala se levantara y la llamara... no bendita, por cierto. Era viva, aguda, brillante y chispeante en grado superior á la mayoría de las de su sexo; pero se hallaba poseída de los demonios de la malicia y la travesura. Podía, á las veces, portarse bien, aun con las de su propio sexo. Pero eso es cuento aparte.

Bremmil se descarrió á menudo después de la muerte del niño y de los sinsabores que ésta trajo consigo, y la Sra. Hauksbee se lo anexó. Ella no se complacía en esconder á sus cautivos. Se lo anexó públicamente, y procuró que el público se diese cuenta. El salía á caballo con ella, se paseaba con ella, charlaba con ella, iba á «picknicks» con ella, y tomaba el lunch con ella, en casa de Peliti, hasta que las gentes arquearon las cejas y dijeron: «¡Repugnante!»

La Sra. Bremmil permanecía encerrada en su casa revolviendo las batitas del niño muerto, y llorando en la cuna vacía. No tomaba interés por ninguna otra cosa. Pero unas ocho buenas y cariñosas amigas la pusieron detalladamente al tanto de la situación, para que no fuese á perder lo más sabroso de ella. La Sra. Bremmil escuchó con calma, y les dió las gracias por sus buenos oficios. No era tan viva como la Sra. Hauksbee, pero no era ninguna tonta. Se comulgó sus pensamientos, y

nada dijo á Bremmil de lo que había oído. Vale la pena tener presente ésto. Hablarle ó llorarle á un marido, nunca ha dado buen resultado.

Cuando Bremmil estaba en casa, lo que no era muy frecuente, mostrábase más afectuoso que de costumbre; y así dió á conocer su juego. Fingía esta amabilidad, en parte para tranquilizar su conciencia y en parte para tranquilizar á la Sra. Bremmil; pero en ambos respectos le salió fallida.

Por esa época, sus excelencias, Lord y Lady Lytton, dieron orden al Edecán de servicio de que invitara al Sr. y á la Sra. Cussack-Bremmil á Peterhoff, para el 26 de Julio, á las 9. 30 p. m. «Baile,» decía la invitación, en la esquina izquierda del fondo.

«No puedo ir,» dijo la Sra. Bremmil, «hace tan poco que la pobrecita Florrie... pero que eso no te impida ir, Tom.»

En los momentos en que ella dijo lo anterior, así lo pensaba, y Bremmil contestó que él iría, tan sólo para hacerse presente. Al decir ésto, mentía; y la Sra. Bremmil lo conoció. Adivinó ella, y la adivinación de una mujer vale mucho más que la certidumbre de un hombre—que desde un principio había él decidido ir, y lo que es más, con la Sra. Hauksbee. Se sentó ella á meditar, y el resultado de sus reflexiones fué, que la memoria de un hijo muerto tenía un valor mucho menos considerable que el cariño de un marido vivo. Formó su plan, y jugó el todo por el todo. En ese momento dióse ella cuenta de que conocía al dedillo á Tom Bremmil, y obró de acuerdo con ese conocimiento.

«Tom,» le dijo, «en la noche del 26 voy á comer en casa de los Longmores. Sería, pues, mejor que comieras ese día en el club.»

Esto ahorró á Bremmil el trabajo de poner pretexto para ir á comer con la Sra. Hauksbee, se sintió agradecido, y se vió, á la vez, pequeño é inno-ble, lo que le fué saludable. Bremmil salió de su casa á las cinco, para dar un paseo á caballo. Como á las cinco y media de la tarde llegó de la casa de Phelp un gran canasto cubierto con cuero, dirigido á la Sra. Bremmil. Era ella mujer que sabía vestir; y no en balde había empleado una semana en idear ese vestido y en mandarle poner cuchillos, ribetes, alforzas, «abullonados» y volantes (ó cómo deba decirse). Resultó un vestido primoroso, medio luto. Yo no podría describirlo, pero era de aquellos que «La Reina» denomina «una creación,» algo que hería la vista desde luego y dejaba boquiabierto. Poco ánimo tenía ella para lo que iba á hacer; pero al verse en el espejo tuvo la satisfacción de comprender que nunca en su vida había estado tan bonita. Era una rubia alta, y, cuando quería, de soberbia apostura.

Después de la comida en casa de los Longmores, se dirigió al baile,—un poco tarde,—y allí encontró á Bremmil con la Sra. Hauksbee del brazo. Eso la subió de color, y cuando los caballeros la rodearon pidiéndole piezas, estaba esplendente. Llenó todas las piezas, excepto tres que dejó en blanco. La Sra. Hauksbee cruzó una vez su mirada con la de ella, y conoció que se trataba de guerra, verdadera guerra entre las dos. Entraba á la lucha un tanto impedida, porque se había pasado una imperceptible línea más allá de lo prudente, en el asunto de dar sus órdenes á Bremmil, y él comenzaba ya á escamarse. Por otra parte, nunca había él visto tan guapa á su mujer. La miraba desde las puertas, la atisbaba desde los pasillos, cuando daba ella vueltas con sus compañeros de baile; y cuanto más la contemplaba, más lo seducía. Apenas podía creer que fuese ésta la mujer de bata negra y enrojecidos ojos que derramaba lágrimas sobre los huevos, á la hora del almuerzo.

La Sra. Hauksbee hizo cuanto pudo por mantenerlo sometido, pero después de dos piezas, atravesó el salón hacia donde estaba su esposa y le pidió una pieza.

“Temo que haya Ud. llegado muy tarde, Señor Bremmil,” dijo ella, brillándole los ojos.

Entonces, él la rogó que le concediera una pieza, y, como un señalado favor, dióle ella el quinto wals. Por fortuna, quedaba vacante el número 5, en el «memorándum» de él. Lo bailaron juntos, y se percibió un ligero murmullo en toda la sala. Bremmil tenía una vaga idea de que su esposa sabía bailar, pero nunca creyó que bailase tan divinamente. Al terminar ese wals, le pidió otro como un favor, no como un derecho; y la Sra. Bremmil dijo: “Enséñame tu memorándum, querido mío.” El lo mostró como un niño de escuela travieso entrega al maestro dulces de contrabando. Tenía un gran surtido de «H.» y también había «H.» frente á «Cena». La Sra. Bremmil no dijo nada, pero se

sonrió despectivamente, hizo correr su lápiz frente á los números 7 y 9,—dos «H.»—y devolvió la tarjeta con el nombre de ella escrito encima —un diminutivo cariñoso que sólo ella y su marido usaban.—Luego le golpeó con el dedo, y le dijo, riendo: «¡Ah, muchacho tonto!»

La Sra. Hauksbee alcanzó á oír eso, y según su propia confesión, sintió que la llevaba perdida. Bremmil aceptó lleno de gratitud los números 7 y 9. Bailaron el 7, y durante el 9 se fueron á sentar á uno de los cenadorcitos. Lo que allí dijo Bremmil y lo que hizo la Sra. Bremmil, es asunto que á nadie incumbe.

Cuando la banda preludió «The Roast Beef of Old England,» los dos salieron á la «veranda», y Bremmil comenzó á buscar el «Dandy» de su Señora (no había aún llegado el tiempo de los «ricks-haw») mientras ella se dirigía al departamento de los abrigos. A la sazón, se acercó la Sra. Hauksbee, y le dijo: “Supongo que me vais á llevar á la cena, Sr. Bremmil?” Bremmil se sonrojó y se quedó algo atontado.

“Ah!... pues... me voy á casa con mi esposa, Sra. Hauksbee. Creo que ha habido una ligera equivocación.” Como hombre que era, hablaba como si la Sra. Hauksbee fuese la de toda la responsabilidad.

La Sra. Bremmil salió del cuarto de abrigos envuelta en una capa de plumón de cisne, y cubierta la cabeza con un vaporoso capuchón. Estaba radiante; y á fe que había razón para ello.

La pareja se perdió en la obscuridad, Bremmil á caballo pegado al «Dandy» de su señora. Después volteó la Sra. Hauksbee hacia mí (á la luz de la lámpara, se veía un poquitillo marchita y ajada), y me dijo: “Yo sé lo que le digo á Ud., la mujer más tonta puede gobernar á un hombre inteligente; pero se necesita una mujer muy viva para manejar á un necio.”

Y entramos á cenar juntos.

RAMÓN GUERRERO.
(Tradujo).

LOS VENCIDOS.

Poesía recitada por su autor en la segunda conferencia de la “Revista Moderna.”

I

Es el bosque, hurraño y grave,
de regazo siempre virgen,
regio tálamo de fieras
y jaula de águilas libres!

El gran dombo de esmeralda
sustentan los troncos firmes;
por ellos bajan los rayos
como eléctricos reptiles,
y son las ramas robustas
brazos de atléticos biceps

que sustentan las tormentas
por las erizadas crines.

En medio de ese derroche
de fortalezas viriles,
¿qué haces tú, doliente tronco,
qué haces tú, tan solo y triste?

Cuando tu garrida prole
con arreos juveniles
el vernal soplo embalsama,
¿qué pesadumbres te oprimen?

Oh, veterano del bosque,
oh, luchador impasible,
cuando rugió la tormenta
¿qué anhelos sordos sentiste?

II

Es de la playa riscalosa
en los oscuros cantiles
donde se hendió el recio casco,
al chocar, del viejo esquife.

En el légamo arenoso
echó profundas raíces
el domador de tormentas,
el burlador de las sirtes.

Y allá en la costa desierta,
doliente, olvidado y triste,
sí el mar ruge, desaparece,
si su furia amaina, se irgue!

Cuando en cóleras estallan
los aquilones terribles,
y los relámpagos raudos.
sus alfanjes de oro esgrimen,
allá en tus huecas entrañas,
qué llora, qué ruge, ó gime
oh! domador de tormentas,
oh! burlador de las sirtes?

III

Allá en la selva medrosa
alza sus paredes grises,
agrietadas de los siglos
por la guadaña impasible,
el pobre templo en que ayer
se elevaron las sutiles,
espirales del incienso
á las mansiones felices.

Allí el réprobo calmó
sus ansiedades horribles,
halló grata paz el bueno,
y consuelo dulce el triste.

En las losas ulceradas
hoy serpean los reptiles,
y en el viejo campanario
moran buhos irascibles.

Cuando pasa el peregrino
que, sin rumbo, el viaje sigue,
y ante la cruz olvidada
se detiene, ora y pide,

¡oh despojo profanado!
En las grietas de tus grises
y carcomidas paredes;
en las manchadas efigies
de tus frescos ya borrados;

en tus bóvedas sublimes,
 qué tristezas se estremecen,
 qué nostalgias hondas gimen!

IV

Oh tristezas, oh nostalgias
 de los viejos adalides,
 de los vencidos ideales,
 no estáis solos, no estéis tristes!

JOSÉ I. NOVELO



LOS TEMPLOS DE LA SHIBA.

AL POETA JESÚS E. VALENZUELA,

Director de la «Revista Moderna»

El eterno, el indispensable *djin richi* corre por anchas calles, dejando á un lado y otro mil pintorescas barracas, cubiertas de umbrias y flotantes cortinas donde hormiguean en blanco los «caracteres-insectos» de la escritura japonesa, barracas en cuyo «verandah» los frescos rostros de las musmés asoman, entre *aquariums* de cristal llenos de peces rojos y macetas azules que soportan cedres enanos; barracas cuyos interiores desbordan sobre la banqueta las maravillas del arte nipón: máscaras de atroces gestos; lacas recamadas de oro; sederías matizadas, avalanchas de frutas y de flores....

Al trote elástico del «Kurumaya» el carrujillo da vuelta describiendo un gran arco y la decoración cambia de súbito. Al arrabal populoso, lleno de ruidos y ardiente bajo el sol de la primera tarde otoñal, sucede una calzada húmeda, silenciosa y desierta. De las altísimas frondas que hacen bóveda no descende más que sombra, ni un rayo de luz,

ni un rumor, sólo de vez en cuando el gorjeo solitario de un pájaro que cae como un cascabel, en la infinita calma.... Los troncos de las centenarias *cryptomerias* desfilan en gigantesca columnata y se juntan allá en las lejanías donde se agolpa el misterio como un enigmático corazón de sombra.. Qué ignotas sugerencias flotan en aquella atmósfera aromada como con incienso por los viejos troncos que lloran las lágrimas de sus resinas? Un algo impalpable y abrumador baja de las frondas remotas y pesa sobre el corazón.... Parece que en aquel hondo silencio va á pronunciarse alguna palabra formidable y que en el cuadro de aquella vasta soledad va á surgir una grandiosa aparición.... Mi espíritu está suspenso; siento el vago terror de un neófito ante una cercana revelación y sin saber qué espera mi alma, detenida en expectativa angustiosa, se dispone pasivamente al ignorado advenimiento.... Con el *frú-frú* inquietante que

oyó Edgard Poé, como una estrofa de su «Nocturno» un gran cuervo bajo la bóveda muda, vuela de una rama á otra.... Y siguen desfilando los troncos de tullas y abetos en interminable columnata, prolongándose como en las fééricas perspectivas que grabó Doré, ese mal dibujante, ese poeta magnífico y grandioso....

*
*
*

La calzada llena de grandeza y de misterio, no ha sido más que la prolongada obertura del gran poema religioso que comienza á deslumbrarme. Para llegar á los suntuosos templos de la Shiba se necesitaba el majestuoso prelude de aquella calza-

da grandiosa como himno, dolorosa como marcha fúnebre, instrumentada por los cedros centenarios en cuya harmonía solemne vaga el perfume de las resinas balsámicas como una dulce y tierna melodía....

De pronto, no sé cómo, rompiendo la sombra pasada con una explosión de sangre, como un supremo grito de pasión, tras del obscuro rumor de los grandes pinos, apareció ante mis ojos el «Sammon,» la gran puerta escarlata, el soberbio y gigante pórtico de la Shiba.... Una inmensa techumbre imbricada y bajo ella dos grandes puertas flanqueando á la anchurosa central.

Aquella construcción de maderas balsámicas revestidas de laca roja, hace el efecto de un sangrien-



to Arco de Triunfo; pero al elevar la vista, en vez de mirar el ágil vuelo de las Victorias ó el impetu de las cuadrigas, se ve sólo la techumbre cuya enormidad agobia.... Traspasado el dintel suntuoso sigue un patio, de baldosas orladas por el musgo y en cuyos rincones, entre follajes de coníferas brilla sordamente el bronce ó la piedra de los grandes faroles funerarios. En ese mismo patio, un pequeño santuario de maderas preciosas, negra laca y bronce repujado, guarda el tesoro del templo contiguo.... Para aquilatar aquellas reliquias tesaurizadas durante centurias hay que hacer frecuentes visitas y examinar cada joya con dilecta calma. Solo así podrá admirarse la pintura de los Kano, el marfil esculpido por Eshin, los crespones de seda y los brocados de muertos emperadores y difuntas princesas; el oro macizo y repujado por los aurifabristas primitivos de ese Arte milenario! Sale uno de ahí ofuscado, acallando dolorosos entusiasmos, con los ojos deslumbrados y con el tacto exasperado por la caricia de las sedas que duermen como brumas allá en el fondo de los arcones de sándalo!

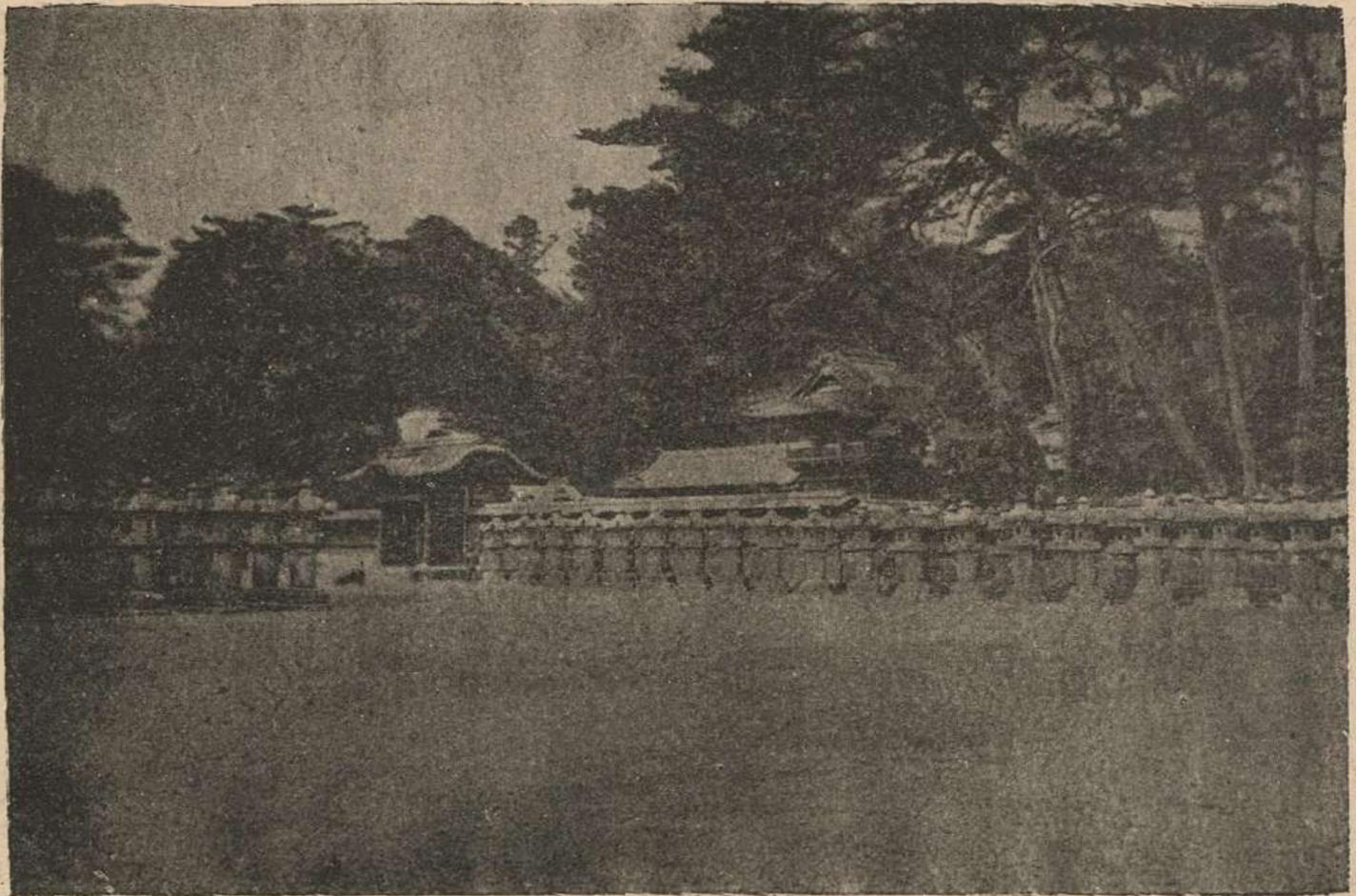
Bajo un cobertizo cuya techumbre es otra obra maestra de la arquitectura nipona, cuelga una campana gigantesca, no de la figura de las nuestras, sino como un hueco cilindro, coronado por un casquete cóncavo; el badajo de aquella campana es un ariete que impulsado por el campanero comienza á oscilar hasta que en el máximun de su vaivén topa en el bronce arrancándole sonidos poderosos y llenos de melancolía.... La onda sonora flota largamente sobre la selva hasta que adormece sus ecos vagos las bóvedas del follaje. Pero el gigantesco bronce suena raras veces; en las grandes fiestas ó en los funerales de los príncipes sólo. En el mismo patio del tesoro y de la campana se ve un gran edificio de sombrías maderas y cuyas mamparas descorridas en la ardiente siesta dejan ver un interior desierto, austeramente decorado con *kakemonos* llenos de inscripciones búdicas....; es esa mansión penumbrosa la habitación de los bonzos á quienes se ve de cuando en cuando cruzar los grandes patios, con sus hábitos grises, sus redondos anteojos y sus cráneos rapados.

La ciudad religiosa de la Shiba es enorme, con

sus conventos, bonzerías, sagrarios y mausoleos. Atravesando pasillos decorados con la tapicería mural de las plantas parietarias, se llega á un patio, cuya explanada hace el efecto de las plazas de armas en las fortalezas feudales. Ahí esta el templo que guarda los restos de los antiguos *shio-gunes*; en la piedra, en la madera y en el bronce se mira el blasón de los poderosos y épicos TOKUGAWA; pero lo que primero sorprende son las filas de linternas tombales, suntuosos exvotos que los DAIMIOS de las diversas provincias feudales, consagraban á la memoria del venerado y temido TAIKUN... Esos monumentos funerarios y votivos, de más de dos metros de altura y esculpidos ó fundidos en la piedra y el bronce, están formados por un plinto,

un fuste cuyos varios tambores están pródigamente exornados con motivos de la flora y la fauna religiosa y una especie de capitel-techumbre, de forma chinesca y hueco y enrejado para recibir la lámpara en su interior. Aquellas filas formadas por centenares de linternas de hermosos bronce ó raros monolitos tienen un aspecto imponente y recuerdan con su grandiosa simetría, los propileos ó las avenidas de menhires...

Estamos por fin frente á uno de los más opulentos sagrarios. Aquella puerta dorada y suntuosa produce de pronto un gran deslumbramiento. El oro de las lacas, mate en la sombra é incandescente en la luz, ofusca la vista que al pronto se pierde en aquella aglomeración caótica de formas mons-



truosas en que se mezclan confundidos los corimbos de las flores y las garras de las bestias fabulosas. Poco á poco se distinguen las maravillas... En las columnas laterales de laca y bronce repujado se enroscan dos dragones; uno que sube, otro que descende, y es tal la *furia*, tal el movimiento de aquellos monstruos que se espera oír crujir la madera bajo el abrazo constructor de sus anillos escamados... Los *panneaux* laterales de aquel portal son la maravilla de la madera tallada! Parejas de faisanes y de patos mandarines se posan entre la filigrana de las frondas ó se deslizan sobre el agua; pero aquellas aves palpitan, aquellas ramas parecen temblar al soplo de la brisa, esas flores tienen morbidez en sus hojas y de aquellas olas saltan las guedejas y las burbujas de la espuma!... El sentimiento de la admiración llega á agotarse, y de maravilla en portento, de prodigio en milagro, se llega al interior del sagrario, resplandeciente de oro, tapizado de brocados, oloroso á sándalo y á incienso... Ahí en el fondo, entre plantas de loto cinceladas en oro, entre lacas brillantes como las

pedras especulares, entre las magnificencias y los esplendores duermen los *shio-gunes* su sueño centenario...

En aquel recinto se oprime el alma, saturada por los hábitos de misticismo que emanan por doquiera y una angustia dolorosa lancina la mente al pensar en las edades guerreras, en los ciclos épicos, en las batallas, las hecatombes y los festivales que promovieron antaño, en un tiempo muy oscuro y muy remoto, los guerreros que hoy duermen hechos polvo en el fondo de las triples urnas...

El bonzo enumera las reliquias y las joyas que se ostentan á la vista: Peonías pintadas por Kano MOTONOBU; Paisajes de Kanaoka; baldaquín de la Emperatriz Suiko; abanico de batalla de Yoritomo... Todo aquéllo suscita ideas de gloria y de tiempos muy lejanos; en aquel templo está condensada la virtud de los santos, la hermosura de las emperatrices, la fama de los invencibles guerreros y la gloria de los geniales artífices... Y la consideración de que todo ha pasado, no dejando más estela que el brillo del Arte que embalsama aquellos restos y

los hace perdurar, oprime con una tristeza que llega al alma desde el fondo de los siglos oscuros....

Muere la luz y la sombra descorre sus terciopelos sobre el muerto brillo de las doradas lacas.... Salgo de ahí con dos sentimientos: una admiración suprema por los gloriosos artistas nipones y una indecible tristeza, un vago frío, como si una helada ráfaga me hubiera envuelto al inclinarme sobre el abismo negro del Nirvana....

* *

«*Pour me retremper*» he ido á la «Casa de los Lotos» y apurando el the oloroso, ávido de fragancias y blancuras, he pensado largamente en mi amada, mientras que un brillante plenilunio cae sobre los lotos cuyas rotundas blancuras albeando á flor de agua, hacen pensar en desnudas náyades que huyeran sumergiéndose.....

JOSÉ JUAN TABLADA.

Tokio. Shiba, 1900.

HACIA EL IDEAL.

En los vagos Ponientes de amatista
Han cansado sus ojos mis anhelos
Como si la esperanza tras sus velos
Flotantes, se escondiera de mi vista.

Infortunios de amor, ansias de artista
Me han herido, y en busca de consuelos
Han cansado sus ojos mis anhelos
En los vagos Ponientes de amatista.

Ideal! me encamino á tu conquista,
Y mirando saludos de pañuelos
Y temblar peinadores de batista
En los vagos Ponientes de amatista
Han cansado sus ojos mis anhelos.

Una turba locuaz de golondrinas
Atravesó rozando mi vidriera,
Y vi cómo tembló la enredadera
Al rumor de sus charlas argentinas.

Ya en el haz de las aguas cristalinas
Va anunciando la alegre primavera
Después de atravesar por mi vidriera,
La parvada locuaz de golondrinas.

Hoy escucho algazaras matutinas,
Hoy vibro de placer; mas, ¿qué me espera
Mañana, cuando deje las ruinas
Esa turba locuaz de golondrinas,
Que atravesó rozando mis vidrieras?

El corazón enfermo de tu ausencia
Expira de dolor porque te has ido:
¿En dónde está tu rostro bendecido?
¿Qué sitios ilumina tu presencia?

Ya mis males no alivia tu clemencia,
Ya no dices ternuras á mi oído,
Y expira de dolor porque te has ido
Mi corazón enfermo de tu ausencia.

Es en vano que finja independencia,
En balde busco el ala del Olvido
Para aliviar un poco mi dolencia;
El corazón enfermo de tu ausencia
Expira de dolor porque te has ido.

EFREN REBOLLEDO.

LA FILOSOFIA DE RODIN.

(DE *La Plume*).

El artista debe limitar su pensamiento á los medios de expresión de su arte. Esto es un dogma á la vez que una comprobación, como también la conclusión de la crítica experimental y de la estética ontológica. El sonido, el color y la línea, podría decirse que están dotados de un alma propia que el artista no puede violentar impunemente, sino por el contrario, con la que debe concordar la suya con toda docilidad. Solo algunos raros genios han podido por ciencia ó por intuición, restablecer entre esos medios de expresión su única y misteriosa relación, que es el ritmo signo matemático de las leyes mismas de la creación.

Rodin es de esos genios que hacen caber todo el arte en los límites de un arte. Sus efigies son poemas y cantos llenos de luz; así como la *Divina Comedia* del Dante se levanta como una Catedral, se ordena como una misa y se colorea como un tríptico; una sinfonía de Beethoven se desenvuelve en frescos, ondula en líneas y se vivifica de palabras; el *Juicio final* de Miguel Angel estalla en estrofas y en músicas y se balancea en un equilibrio ideal.

No casualmente me sugerí esos tres nombres: Miguel Angel, Beethoven y Dante. Rodin por su fuerza, su ciencia y su armonía se paree á sus almas manifestadas para siempre en las obras maestras de la humanidad. Tiene el pensamiento cósmico del verdadero creador y toca en la tierra para rebotar infatigablemente hasta los astros.

Esa gran necesidad de confundir al universo entero en su obra, es lo que distingue á mi juicio al genio del talento. Si Orfeo tuvo un maestro, éste fué Pan. Nada es demasiado pequeño ni demasiado transitorio para inspirar al verdadero genio.

Dante encuadra su enorme poema en su época y en su provincia, y de tan sólidas bases hace brotar los campanarios extremos hasta esas alturas desde las que sus versos, como dobles funerarios y toques de rebato parecen caer del cielo. Beethoven establece su drama aéreo en las amplias oleadas de su propia pasión, desde cuyo centro como ave violenta de tempestad, su alma extasiada se arranca, desgarrando hasta el cielo con sus lamentaciones. Por último, Miguel Angel hace surgir del limo natal de la sombra y del olvido sus aterradoras figuras de la tumba de los Médici, que pesan con todo su inmemorial sueño sobre las apariencias efímeras de la vida.

Rodin, para hablar solo de él, ha sabido inscribir en el mármol y en el bronce la eterna lucha del espíritu con la materia. La escultura, sin embargo, parecería poco apta para expresar tal antinomia. Generalmente concebimos la estatua como desprendida en un arranque de la matriz terrestre, apaciguada en posturas extáticas ó esforzándose en ac-

tivos gestos. El esfuerzo de los artistas contemporáneos ha consistido en multiplicar los aspectos de una vida liberada de toda pesantez, hasta donde posible sea. Rodin, desde sus comienzos, ha vuelto á traer sus figuras á la tierra natal. Lejos de querer animarlas con vida intelectual, intenta hacerlas partícipes de la vida universal. Valen, con frecuencia, menos por lo que expresan de hombre moviéndose en el círculo de sus propios pensamientos, que por lo que sugieren de humanidad arrastrando en pos de sí el peso de su instinto. Si las frentes se dirigen hacia la luz, los pies se traban en las sombras. En una palabra, Rodin es el primero que por medio de un arte, que hasta él solo parecía propio para afirmar el libre albedrío, ha sabido hacer sensible el determinismo que liga los seres á las cosas, la flor al estiércol, el alma al excremento. Nada desprecia porque sabe que todo es necesario, y que el esfuerzo del espíritu vale por la resistencia que opone la materia. No temo en insistir sobre el sentido esotérico de la obra de Rodin. Desde el *San Juan Bautista* hasta el *Balzac*, sus estatuas luchan entre las dos grandes fuerzas que rigen lo mismo el mundo místico que al mundo físico, la fuerza que nos atrae á la tierra y la que de ella nos rechaza. El *San Juan* avanza hacia quien sabe qué futuro formidable; pero ¡con cuánto esfuerzo por parte de sus hinchados músculos! Sus miradas y el gesto de sus manos atraen á la Visión; pero cuánto peso detiene sus pies! Así fué cómo bajo el nombre que su creador dió á esa estatua, ésta se convierte en el doloroso símbolo de aquellos que con alado pensamiento se adelantan á su propia marcha y al progreso lento de la humanidad. En el *Balzac* la preocupación filosófica de Rodin se extralimitó á tal punto, que hizo estallar la forma y la redujo voluntariamente á lo informe.

Con franqueza me parece, que en esta obra el maestro forzó demasiado los medios de expresión de la estatuaria.

En donde hay que comprender el instintivo génesis de sus concepciones, es en esa admirable serie de mármoles apenas desbastados, obras maestras de ciencia y de lirismo; en los cuales, grupas hinchadas y erectas mamilas de mujeres, indican al parecer el misterio del que apenas se desprenden; en los cuales, convulsionados labios se atraen en besos creadores; en los cuales, miembros, como heridos por el rayo, se enlazan confusamente en el estremecimiento último del espasmo. Toda la vida que arde desde los átomos hasta los astros, retuerce, anuda y contrae esas imágenes de la dolorosa pasión humana.

Porque Rodin es un gran poeta del dolor, no del dolor resignado que se doblega en actitudes mue-

lles, sino del dolor que reta al cielo con la frente alzada. Y así es, en verdad, hijo de su siglo, cría de la ciencia é hijo de la rebelión. No es, ni bastante ignorante para ser optimista, ni bastante débil para ser pesimista. Es en la plenitud de su fe y con la certidumbre de su fuerza un *mejorista*. Ha entonado por la gloria del hombre ínfimo y sublime el canto filosófico más hermoso, que haya escuchado la humanidad desde Pascal.

También es el poeta de la pasión, de la que grita y sangra y se arranca la carne en el derrumbe de los mundos, y en escupitajos arroja su deseo por sus heridas, y lanza el insulto de sus puños y de sus gritos hasta la purísima indiferencia de las estrellas. Algunas veces, más temible, se reconcentra en el silencio, y sólo se expresa por la crispación intolerable de los músculos. Frentes hundidas entre las rodillas, brazos estrechando piernas, espaldas encorvadas como bajo la caída inminente del rayo, hacen entonces pensar en las gastadas páginas de William Blake.

Más ampliamente debemos decir, que Rodin es el poeta de toda el alma, desde sus deseos que levantan los párpados y hacen temblar los dedos, hasta su locura que hace poner los ojos en blanco y convulsiona los pies. Su compasión es tan infinita como su amor. Se inclina hacia el cuerpo humano, como hacia una lira que el hálito divino hace vibrar. Y de su gesto tranquilo y seguro ha germinado ese pueblo blanco, silencioso é inmóvil que

perpetúa en la calma ó en el tumulto de sus actitudes, todo cuanto no se atreve á expresar en nuestros cuerpos, por temor de romperlos definitivamente ó de debilitarlos para siempre. Y el Arte, ¿no es en verdad el cumplimiento en la vida eterna de todo cuanto no osamos ensayar en nuestra vida fugitiva, es decir, la realización de las esperanzas aparentemente imposibles de la humanidad?

Rodin, más que ningún otro artista de esta época, tiene ese sentimiento religioso de los destinos del arte; sin embargo, ha buscado poco la expresión de la belleza definitiva, más bien se esfuerza en la sugestión de una belleza inacabada. Así ha llegado frecuentemente á sacrificar el conjunto al detalle, y hasta se ha dicho de él, al contemplar algunos de sus ensayos, que era más bien un virtuoso que un poeta. Dejemos para los ignorantes tal manera de juzgarlo; ante la gloria radiante de su poema total, que con sus marmóreas estrofas canta á las multitudes, la crítica hostil se inclinará bajo la omnipotencia de su magia. No reprochemos á Rodin, el que no haya realizado el ideal olímpico de un Fidias. Pertenece á una época, como dije, dolorosa y apasionada que corre hacia la belleza, más bien que realizarla. Tendrá el mérito de ligar á las tradiciones de las grandes escuelas del pasado, su obra contemporánea y todavía repleta de porvenir. Es de aquellos que en sus manos vigorosas reciben de los antecesores la sagrada antorcha y la transmiten á los pósteros. . . . Es un genio.

STUART MERRILL.

Trad. de Rev. Moderna.

FATHERLESS.

A UNE ORPHELINE.

Oiseau sans nid,	cœur sans espoir,	enfant sans père.
	Que de douleurs!	
Fleurs sans parfum,	jours sans soleil,	ciel sans prière.
	Tristesse et pleurs.	
Enfant, bientôt,	à l'horizon,	comme une aurore
	L'amour poindra	
Et le bonheur,	que vous rêvez,	bientôt encore
	Pour vous viendra.	
Vous construirez	un petit nid	parmi les roses
	Et les lis blancs,	
Qui sous les fleurs	sera témoin	de douces choses
	Au gai printemps.	
Au mois de mai,	charmant oiseau,	comme un ramage,
	Dans ce séjour	
Plein de gaîté,	retentira	dans le feuillage
	L'hymne à l'amour!	

ALFRED BOISSIÉ.

LA INAUGURACION

DEL MONUMENTO

A GUY DE MAUPASSANT.

«Siempre pienso en mi pobre Flaubert y me digo que preferiría estar muerto, si estuviese seguro de que alguien pensara en mí de semejante manera.

El melancólico deseo que Maupassant expresa en esta carta, permaneció inédito hasta que Mr. Paul Neveux lo encuadró delicadamente en su peroración. Maupassant se reunió ya con el viejo maestro «en el país tenebroso de la muerte,» y la piedad de sus admiradores ha querido asociar en homenaje póstumo á los dos grandes escritores. Y efectivamente, á pocos pasos del busto de Flaubert, el comité de Rouen, diligente y valientemente precedido por Gastón de Breton, miembro corresponsal del Instituto, erigió en 27 de Mayo último, el busto de Maupassant, en las sombreadas avenidas del parque Solferino. La ceremonia fué perfecta; allí se encontraban los mejores escritores de la época; pero en vano se buscaba á los hermanos de armas del autor de *Une Vie*. El pequeño grupo de Medan se abstuvo de concurrir; y precisamente la ausencia de los escritores naturalistas, dió mayor brillo á esa conmemoración de escritores más naturalistas quizá que todos ellos, si se da á esa palabra el transitorio sentido que le dió Zola.

El busto erigido á Guy de Maupassant es obra del escultor Verlet, á quien se debe también el monumento del parque Monceau. Mr. Gastón Le Breton hizo la entrega al Municipio de Rouen y contestó Mr. Cartier. En seguida José María de Heredia hizo resonar en los asistentes su magnífico verbo. Desde lo alto de la tribuna oficial las hermosas frases acorazadas llegaban á nosotros como las flechas de oro de aquel Apolo que abrasaba el parque Solferino con luz tropical. Y había deslumbramiento en todas las miradas y sudor en todas las frentes. Se enjugaban éstas, pero todos nos estremecíamos.

«Maupassant, dijo Heredia, era célebre, rico y fuerte. Parecía feliz; tenía envidiosos.... y nadie fué como él tan miserable. La última vez que le ví me contó largamente sus melancolias, el fastidio de su vida, la enfermedad creciente, los desfallecimientos de su visión y de su memoria; sus ojos que cegaban de repente y entonces venía la noche total, la ceguera completa durante un cuarto de hora, media hora, una hora.... Después, á la vuelta de la visión, en la prisa, en la fiebre del trabajo, una repentina detención de la memoria, y ¡qué suplicio para semejante escritor! ¡Qué impotencia para encontrar la palabra exacta; su encarnizada lucha, su rabia, su desesperación! Ya no encontraba placer en nada; ni siquiera en hacer el bien. Me contaba la angustia en que le tenía el desdobra-

miento enfermizo de su personalidad. A donde quiera que fuese, en donde quiera que estuviese, por todas partes, siempre la obsesión constante y odiosa de ese otro *yo* que asiste á todos vuestros actos, á todos vuestros pensamientos y que os murmura al oído: «Goza de la vida, bebe, come, duerme, ama, trabaja, viaja, ve, admira. ¿Para qué? ¡Has de morir!... Espantado ante semejantes confesiones, intenté en vano reconfortarlo.

—Adiós, me dijo.

—Hasta luego.

—No, adiós.

Y agregó con una especie de énfasis estoico, tanto más extraño cuanto que su lenguaje era habitualmente sencillo:

—Mi resolución es segura. No quiero sobrevivirme. Entré á la vida literaria como meteoro y de ella saldré como rayo.

Y partió. Pasó el tiempo, se pasaron algunas semanas; y bruscamente sobrevino la trágica nueva. Un día sintió el hálito terrible y tomó el arma escogida para la muerte instantánea que deseaba; una mano piadosa había hecho inofensiva aquella arma; también el arma blanca falló. Ya no podía, ya no sabía querer. Vivió, pues, ¡ay! ó más bien se sobrevivió durante largos meses. Había, parodiando un verso célebre, entrado vivo á la muerte”....

Mr. Paul Neveux, por ausencia del ministro de Instrucción Pública, tomó la palabra en nombre del Gobierno. Mr. Neveux era conocido por la conmovedora escena campestre, publicada el año pasado por la *Revue de Paris*. Muy hábil habría sido quien hubiera presentado un orador oficial en el autor de *Golo*. Mr. Paul Neveux, salió muy hábilmente de ese paso peligroso. Si su discurso no corresponde á todas las condiciones propuestas por Quintiliano en su *Arte de la oratoria*, fué por lo menos un buen trozo de crítica literaria que escucharon los concurrentes con el más vivo interés.

Hay que decirlo todo, Mr. Neveux había tenido una felicidad que hubiesen envidiado los más grandes. Un amigo de Maupassant le entreabrió el tesoro de sus cartas íntimas. ¡Y qué cartas! Leed ésta, por ejemplo, que el orador citó en su discurso y que da luz inesperada respecto á las incertidumbres del desgraciado escritor:

“Si alguna vez pudiese hablar frente á alguien y no frente á una barrera, dejaría escapar quizá todo cuanto siento en el fondo de mí, de pensamientos inexplorados, refundidos, desolados. Los siento que me hinchan y que me envenenan, como la bilis en los biliosos. Pero si algún día pudiese espiarlos, entonces se evaporarían quizá y no

encontraría en mí más que un corazón ligero, gozoso tal vez. Pensar llega á hacerse un tormento abominable, cuando todo el cerebro no es más que una llaga. Tengo tantas heridas en la cabeza, que mis ideas no pueden moverse sin darme ganas de gritar. ¿Por qué, por qué? Dumas diría que tengo mal estómago. Yo creo más bien que tengo un pobre corazón vergonzoso y lleno de orgullo, un corazón humano, ese viejo corazón humano que nos hace vivir; pero que se conmueve y nos hace daño, y en la cabeza tengo el alma de los Latinos, que ya está muy usada. Además, hay días en que no pienso así; pero en los cuales sufro á pesar de eso, porque soy de la familia de los desollados. Pero eso no lo digo, no lo enseño; hasta creo que lo disimulo muy bien. Se me cree, sin duda, uno de los hombres más indiferentes del mundo, y sólo soy escéptico, lo que no es lo mismo; escéptico porque veo claro y mis ojos dicen á mi corazón: "Ocúltate, viejo, no seas grotesco" Y mi corazón se esconde.

¡Qué revelación es esa carta! He ahí la clave que nos faltaba conocer de Maupassant; hay que agradecer á Mr. Neveux que no la haya confiscado para su uso personal. Ya sabemos ahora cómo se penetra en esa alma dolorosa.

Se siguieron los discursos de Henry Fouquier, que habló en nombre de la *Société de gens de lettres*; Le Breton dió las gracias á Fouquier, á Heredia y á P. Neveux y Mlle. Moreno recitó algunos hermosos versos.

Mr. Lenepreu, que es de todas las fiestas ruanasas, inundó ésta de armonía; se siguió un banquete y los brindis lanzaron su vuelo, mientras que allá, bajo los astros, en el parque Solferino, Flaubert y Maupassant, de vuelta á la vida de las sombras eliseas, reanudaban su diálogo interrumpido.

Habrà todavía quien pretenda que Rouenno tenía derecho á conmemorar á Maupassant; es verdad que no era de Rouen; pero ese hijo intelectual de Gustavo Flaubert, ¿no merecía tener su estatua en la ciudad misma en que nació su viejo maestro? Ese normando robusto, ¿no debía ser honrado en la capital de Normandía? Allí pasó gran parte de su adolescencia; la casualidad lo hizo nacer en la mansión de Miromesnil, que es una casa solariegade Fecamp; es una hermosa morada del siglo pasado, un poco pesada, pero muy imponente todavía, con sus altas ventanas, sus lumbreras de pomposa arquitectura, sus balaustradas y sus espigas de plomo.

Por recreo, puede hacerse el viaje á pie desde Dieppe. El parque es muy vasto; puede visitársele y visitarse también el interior de la mansión feudal. Maupassant vino al mundo en una de las piezas del ala izquierda; vivió algunos años en Miromesnil y después las peregrinaciones paternas lo

llevaron á Etretat, á Ivetot, al Havre y á Rouen.

De esa época es uno de los raros retratos que de él se conservan, que obsequió á su nodriza y que hoy es propiedad de Mr. Duran.

Son contadas las reliquias que del gran escritor existen; las únicas que aún hablan de él, son: el castillo en donde nació y el yacht, en donde se deslizaron las mejores horas de su madurez. Uno y otro han sido vendidos. El *Bel-Ami* (así se llama el yacht), no contaba aún cuatro lustros. Salía de los astilleros de Limington, á donde un comerciante marsellés, apellidado Recca, lo había mandado construir en 1879; se llamaba entonces el *Zingari*; Maupassant le cambió el nombre, é inmediatamente en su fiebre de movimiento, quiso partir. Se había apoderado de él un obscuro deseo de vida nómada; le horrorizada la existencia de la gente de tierra.

Bruscamente huía de las reuniones y tertulias adonde casi á fuerza había sido llevado; corria al muelle en donde se atracaba el *Bel-Ami*, siempre listo para levar anclas, y se hundía en las misteriosas profundidades de alta mar.

«Yo floto en una habitación alada, escribía, habitación que se balancea, bonita como un pájaro, pequeña como un nido, más suave que una hama-ca y que vaga al gusto del viento, sin sujetarse á nada.»

Frase alada y hermosa como el buque al que canta, y que constituía el gran goce de su pobre dueño, antes de los duros días de su agonía intelectual.

El castillo de Miromesnil, del que la familia de Maupassant sólo era arrendataria, pasó á otras manos; el *Bel-Ami* corrió la misma suerte. Comprado por Mr. de Neuville, quien debía cederlo más tarde al conde de Barthélemy, pertenece hoy á pilotos del Mediterraneo.

Así van, esparciéndose á los cuatro vientos, las reliquias de aquel que fué, en estas épocas de complicación y de exasperación, el más sano, el más natural y quizá el mejor de nuestros escritores. Misántropo lo era, sin duda, un poco más de lo razonable en sus primeras obras. El mundo le causaba el efecto de una colección de bandidos. Y justamente, había llegado á esa vuelta de su carrera en que parecía que debía renovarse y en que humanitarias ideas, vivas y profundas, pasasen á sus libros. Lenta transformación se operaba en el alma de ese terrible analista de las debilidades humanas, al acercarse á los cincuenta años. Se abría á la compasión, cuando el mundo supo bruscamente que ese hombre eminente había perdido la razón.

CHARLES LE GOFFIE.

(Trad. de *Revista Moderna*.)

LA VEJEZ ANACREONTICA.

¡Oh jóvenes amigas! el anciano
os ama y os requiere.

Mi alma evoca
aquel tiempo feliz, en que la mano
firme acercaba el ánfora á mi boca;
y en que, tras los festines ya deshechos,
y entre el revoloteo de Cupido,
improvisaba pecadores lechos
cual ave que hace en cualquier rama un nido....

Ya que infausta vejez ha quebrantado
las alas de mi amor, sólo me resta
herir la lira con el plectro mio,
y arrullar, con acento regalado,
el abandono, tras alegre fiesta,
con que duerme el placer sueños de hastío.

Débil mi diestra ya, su licor vierte
la vacilante copa; entre el sombrío
follaje de mi barba, así se advierte
la gota de licor, que al fin se abruma
y cae como gota de rocío,
resbalando por cálices de espuma.....

Pero aún puedo refrescar en vino
el caluroso labio, aún atino
á libar el licor, que se derrama
por mis débiles nervios, á manera
que por las fibras de vetusta rama
un soplo animador de primavera!

¡Ay de mí, que no alcanzo mayor gloria,
por más que el fuego del licor me exalta
á disputarle á Venus la victoria:
yo tengo vino, pero amor me falta!....

¡Oh jóvenes amigas! Vuestro encanto
se diría el tapiz de una pradera,
que, cual piadosa máscara, cubriera
la macilenta faz de mi quebranto....
Derramad la flotante cabellera
sobre mis limpias canas, dad al aire
el beso del amor, tañid la flauta
de arrulladores tonos, tejed luego
la viva danza de sensual donaire;
y ya veréis que de mi lira incauta
se escaparán las cláusulas de fuego.....

Y os hablaré de amor: vuestros oídos
se habrán de regalar con mis acentos,
que, sumando el ardor de mis sentidos,
inflamarán el alma de los vientos.

Cantando así me dormiré en mi canto
y soñaré cantar vuestra hermosura:
¡y me amaréis! Por misterioso encanto,
el poeta al hablar se transfigura.
Bajo la palidez de mis cabellos,
simulará mi frente luminosa
nieve que besa el sol con sus destellos,
cual si fuera con ósculos do rosa....

¡Ay de mí, que, perdidos los vigores,
siento el dolor de las marchitas flores,
que ayer, engalanadas de alegría,
dieron al aire sus perfumes vanos,
y hoy son desprecio hasta de aquellas manos
que las ajaron sin piedad un día!....

Mas ¿qué he de hacer? ¡Oh jóvenes amadas!
dejáos al fin acariciar siquiera....
Tal el avaro que cegó, ya á solas
no goza recreando sus miradas
en el tesoro, que á su vista era
un mar inmenso de lucientes olas;
pero sí goza con el tacto, hundiendo
sus temblorosas manos entre el oro,
y goza del metal entre el estruendo
con el alegre retintín sonoro....

¡Oh jóvenes amigas! Pronta muerte
ha de torcer el huso de mi suerte;
mas ha de ser en el festín risueño,
cuando sobre la boca del abismo
bate sus alas fementido ensueño:
así veréis, al uno y otro lado,
rodar súbitamente, á un tiempo mismo,
el vaso roto, el cuerpo inanimado!

Nada en la muerte repulsión me inspira.
Cuando yo muera, el canto de mi lira
ha de turbar, con música de besos,
la soledad de vuestra paz nocturna;
y, hechos ceniza, mis dolientes huesos
recinto buscarán que los merezca,
para dormir el sueño del arcano:
así tal vez la cineraria urna,
por sus gentiles formas, os parezca
la copa del festín que alza mi mano....

¡Oh jóvenes amigas! Ya que inerme,
tras riente embriaguez, halla el anciano
plácido sueño de profunda calma—
la urna es copa en que la carne duerme,
la copa urna en que reposa el alma!....

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Lima.
